

Pensar duele. Sí, eso es lo que me dijo Silvia en una ocasión. Y muchas veces es cierto.

La conocí en la cafetería donde iba con mis amigas. Aquella niña de grandes ojos que miraba por la cristalera del "Croissant" no existía. Se podía haber pensado que era invisible si no fuera porque todos en la calle procuraban no cruzarse con ella. Es curioso, ¿verdad?, pero así es como funcionamos. Se había escapado de una casa donde el alcoholismo y los maltratos estaban a la orden del día. La historia es bien conocida, pero no por eso se le busca solución. Todos sabemos que una niña maltratada y rebelde, "inevitablemente" tiene que acabar en la calle.

Por mi parte, hacía unos años que me había casado con Carlos, un abogado de buena familia. Una gran casa, fiestas cada mes, amigos importantes. Y eso era todo; estaba sola y me refugié en el alcohol. No puedo decir mucho más.

Recuerdo que aquella tarde estaba en el "Croissant" con unas amigas, mujeres de los amigos de mi marido. Era lo más conveniente, nada fuera de lugar y conversación intrascendente. Tras la discusión con Carlos me había bebido dos vodkas. Y mientras Antonia hablaba yo miraba a lo lejos. Y allí, tras el cristal, ví los ojos hambrientos de Silvia. ¿Quién sería? ¿Cómo habría llegado allí? Mi mente voló hacia las nubes del horizonte. Las compras de Antonia no me interesaban, la ciudad no me interesaba, mi vida no me interesaba.

Al salir me acerqué a la niña y le di 10 euros. Me sentí, ahora lo puedo admitir, absurdamente grande. Pero Silvia levantó la cabeza y me escupió. Aquella reacción me sorprendió. Al fin y al cabo, la niña parecía vivir en la calle por lo que debería haber estado agradecida.

Los días pasaron, la rutina instalada en mi vida siguió su curso y volví a verla varias veces en el mismo lugar. Yo siempre dentro y ella siempre fuera del bar.

Poco a poco, en mi mente abotargada por el alcohol y las decisiones políticamente correctas, mi llegada a ese lugar se convirtió en una cita con aquella desconocida. Empecé a pensar: ¿qué le habría llevado a la calle?, ¿cómo sería su vida?, ¿por qué siempre estaba pegada al cristal de, precisamente, aquella cafetería? Sí, creo que comencé a obsesionarme. Incluso llegué a fantasear con la idea de vivir yo también en la calle, libre, sin tener que ser siempre una correcta dama. Ahora, al decirlo en alto, me avergüenzo de una estupidez semejante, pero en su momento no pude evitar sentirme atrapada por extrañas ideas románticas.

Varios días después de ofrecerle aquella limosna, le compré un regalo: una hermosa cajita de música repleta de dulces. Sí, fue un impulso que aún no he comprendido muy bien. Quizá porque me sentía sola como imaginaba que estaba ella o por cosas del destino. Porque en esta ocasión lo aceptó con duda en su mirada.

En realidad no era más que una niña asustada que no entendía cómo había llegado allí, no entendía al mundo, no pertenecía a nada de lo que veía a su alrededor y únicamente necesitaba un poco de cariño. E, irónicamente, solo nos diferenciaba una cosa: yo me hundía por no tomar las riendas de mi vida y a Silvia ya la habían hundido.

Procuré mantener en secreto mi extraña amistad con aquella chiquilla que, poco a poco, me fue revelando su vida y su manera de ser.

Y Carlos sospechó que tenía un amante. Una mañana, antes de ir a su trabajo, me pegó. Sí. Tuve que ir al hospital. Por supuesto, no les dije la verdad. Me recetaron reposo y volví al hogar conyugal. Carlos regresó y me dijo "Lo siento" con cara de arrepentido y yo quise creérmelo. Al fin y al cabo, ¿dónde iba a ir si no? ¿Qué iba a hacer sin aquel hombre?

Tardé varios días en volver a ver a Silvia. Pero nunca olvidaré su cara, cuando me miró

directamente a los ojos y vió mi ojo amoratado bajo mi maquillaje. "Tú estás peor que yo" me dijo. No pude evitar llorar. ¿Cómo podía decir aquello?

Volvió a repetir la misma frase varias veces mientras me relataba que las excusas que había oído de mi boca utilizaban las mismas palabras que otra mujer, en otro tiempo, quizá en otra vida, le solía decir. De esta manera justificaba su madre los malos tratos del padre a ambas. La misma historia repetida una y otra vez, en todas partes, por siempre jamás. Solo cambiaban los personajes.

Dentro de mí, yo sabía que ella tenía razón. Silvia había tenido la valentía de huir de aquella situación de la única manera que supo. Yo, ya me había rendido mucho antes de comenzar la batalla. Aquella niña de ojos hambrientos me hizo pensar. Y aunque duela, pensar es importante.

Tras varios meses más de sufrir abusos y malos tratos me divorcié. Mi familia y amistades me dieron la espalda y tuve que buscar trabajo, pero no me arrepiento. Ahora cada pequeño logro me hace sentir viva. Por ahora quiero dejar de beber y conseguir la custodia de Silvia. Aunque tarde, quiero que siga sus estudios, sé que será una gran artista, tiene mucho talento. Yo ya me siento orgullosa de ella. Ahora quiero que ella se sienta orgullosa de mí.



Nagore Aburrizaga Igartua